

Frei Leonardo Boff, O. F. M.

LA ERA DEL ESPIRITU

"Grande Sinal". 26(10): 723-733, diciembre 1972.

LA expresión **Era del Espíritu Santo** evoca la figura del gran místico medieval Joaquín de Fiore (1130-1202). Según él, el proyecto global de la historia se estructura en tres eras que se suceden una a otra dentro de un mismo proceso universal de crecimiento. La primera era sería la de la ley, la segunda la de la gracia, y la tercera la de una gracia más abundante y que dará una plenitud de intuición y de amor. La primera sería la del Padre; la segunda, la del Hijo; la tercera la del Espíritu Santo. La tercera era sería la de la libertad de los hijos de Dios, de la observancia estricta del sermón de la montaña, y de los votos de extrema pobreza y humildad. Joaquín de Fiore pensaba que la era del Espíritu aboliría la era del Hijo como Iglesia de los papas y de los clérigos y de los sacramentos. No veía esta abolición, sin embargo, como un proceso revolucionario, sino como un crecimiento orgánico y progresivo de un único plan de Dios hacia la abolición de las mediaciones materiales y personales; todo sería inmediato, intuitivo.

Esa reflexión de Joaquín de Fiore nos sugiere ver la obra del Espíritu Santo en una dimensión verdaderamente universal que trasciende las eras tomadas en sí mismo y penetrando toda la obra divina de la creación.

Todo tiempo es templo del Espíritu Santo

Dios, el Espíritu, es un misterio que penetra y envuelve todo, un misterio que no se define como incognoscible, sino por la inextinguible capacidad que tenemos de conocerlo. El Espíritu constituye esa misteriosa realidad en la cual estamos siempre. Penetra, sustenta y anima todo. El es la fuente originaria donde todo va. No está en el poder del hombre manipular y domesticar al Espíritu. El hombre se siente llevado por una realidad inefable que lo constituyó en vida y también lo trasciende. A esa fuerza elemental de vida y de naturaleza los hombres la llamarán Espíritu. (Ruah en el hebreo y pneuma en griego). Los griegos como los hebreos vivieron la realidad del Espíritu que se extiende a todo el mundo. Pero no se puede confundir con un elemento del mundo. El es el propio Dios. El Antiguo Testamento, sin personalizarlo como tercera persona de la Santísima Trinidad veía en el Espíritu el principio creador dinámico. (Gen 1, 2; 2,7; Jo 33,4), la fuerza presente en

la vida física (Jo 37,10; Gen 2,7); él es responsable por su poder creador de las fuerzas espirituales en el hombre. (Ez 31,3; 35,31; 32,15; 28,6; Zac 4,6; 6,8). El es el que suscita la liberación nacional a través de jefes carismáticos como Otoniel (Jz 3,10), Gedeón (Jz 6,34); Jefté (Jz 11,29) y Saúl (I Sam 11,6). Es el que habla por los profetas (Ez 48,16; Ne 9,30; Miq 3,8). Provoca en el hombre el estado extático (Num 11,25,29; 2 Reyes 2,15; I Sam 10,6). (10). Por El dirige Dios todo y lo conduce a la salvación (Ez 63,11. 14). El Espíritu constituye la esencia misma de Dios, su ubicuidad (Sal 139,7), su bondad santa y exigente (Ez 63,10; Sal 106,33) y su longanimidad (Miq 2,7). De las perspectivas emanadas de esas referencias se transparenta que todo tiempo es templo del Espíritu Santo.

También en cualquier tiempo y lugar está en acción el Espíritu con sus frutos (Gal 5,33). Es por él (Lumen Gentium n. 13,34) que hablaban todos los hombres santos del mundo en su lenguaje mítico o filosófico: Buda, Sócrates o Platón, como los místicos orientales, en búsqueda del misterio sin nombre y de la salvación humana. Por él se proclamaron movimientos de liberación religiosa o política y social; en su fuerza hay hombres que renuncian a todo y se aventuran en las selvas al servicio de los desgarrados. El está presente en la evolución social, en el curso de la historia (GS 26/281) opera la salvación de los no cristianos (GS 22/268), e impele a los hombres a amar a Dios en el mundo de los hombres (Apostolado de los laicos 27/1438). La historia está grávida del Espíritu Santo, en su vasta dimensión de pasado y presente, en el cosmos, en los hombres, en las sociedades, en las religiones, y en forma excelente en el cristianismo.

La era del Espíritu Santo: un tiempo fuerte dentro del tiempo

Con la expresión **Era del Espíritu Santo** queremos designar el tiempo en que el Espíritu Santo se manifestó en forma más perfecta en la conciencia de los hombres y dentro de la realidad histórica. El estaba siempre en la historia pero los hombres no siempre se dieron cuenta de su presencia inefable, presencia de amor, unión, paz, reconciliación y salvación. En un tiempo determinado, él irrumpe en forma más plena.

1. Jesucristo como instaurador de la era del Espíritu

Para la fe cristiana, la era del Espíritu Santo como tiempo determinado dentro del tiempo, emergió como advenimiento de Jesucristo. Jesús es la máxima manifestación del Espíritu como fuerza divina, como amor, como reconciliación, como salvación y reconciliación cósmica. El poseyó al Espíritu no como lo posee un profeta o un carismático. El es el **Espíritu en forma humana**. Desde su primer momento Jesús es fruto del Espíritu (Luc. 1,30; Mat. 1,20). Manifiesta el Espíritu en su actuación de predicador, de taumaturgo y de Hijo de Dios. La Resurrección patentizó toda la profundidad de la presencia del Espíritu en Jesús. Su realidad personal, terrena y frágil (sárquica, carnal), se transfiguró totalmente en espiritual (cf. I Cor 15,44). Pablo llega a identificar el Resucitado con el propio Espíritu (2 Cor 3,17), aunque con esto no pretendiera estable-

cer una identidad entre la Segunda y la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, sino expresar el modo nuevo de existencia de Jesús glorificado, ahora libre del espacio y del tiempo, y alcanzando proporciones cósmicas y divinas. Así como el Espíritu unifica todo, también está presente el Resucitado en todas las cosas (Col 3,11). Como Espíritu vivificante, se presenta con las características del nuevo cielo y de la nueva tierra (I Cor 15,45). Así, el Jesús carnal y resucitado inauguró definitivamente la era del Espíritu Santo. Dios está con los hombres por la Encarnación y por la Resurrección, y los hombres, a través de Jesús Hijo eterno hecho hombre, ya están en Dios y ya fueron insertados en el propio misterio íntimo de la Santísima Trinidad.

2. La Iglesia, en la era del Espíritu Santo

La Iglesia no inauguró la era del Espíritu Santo. Ella se inserta dentro de ésta. El centro del tiempo es Jesucristo resucitado, consolidador del nuevo tiempo, que es tiempo en que la creación, anticipatoriamente está reconciliada con Dios. El modo concreto como el Resucitado ahora actúa dentro de la historia es en forma de Espíritu: el Espíritu derramado en la comunidad en el día de Pentecostés. Por la venida del Espíritu es Jesús mismo el que viene (Juan 14, 18-20). El espíritu no suple la ausencia de Jesús; actualiza y complementa su presencia.

La función del Espíritu es recordar a Jesús y su Palabra (Jn 14,26). El será enviado por el Padre en nombre del Hijo (Juan 14,26 y 7,37-39). Eso significa que existe una identidad y una diferencia entre Jesús y el Espíritu. Jesús-Espíritu (= Resucitado) está presente en el mundo hasta la consumación de la Historia (Mat 28,20b); está con él también el Espíritu. Son uno en naturaleza y diferentes en la Persona. El Espíritu no existe independientemente de Jesús, como Jesús no existe independientemente del Padre. La Revelación del misterio central de la fe, la Santísima Trinidad no se hizo por vía de doctrina, sino por vía de actuación histórica de Jesús vivo, muerto y resucitado. El manifestó una implicación profunda con el Padre, y el Espíritu en términos de unidad y diferencia. La fe supo interpretar tal implicación diciendo: Padre, Hijo y Espíritu Santo forman un solo Dios, existiendo como tres personas distintas, cada cual con actuaciones histórico-salvíficas específicas: el Padre la creación, el hijo la reconciliación y el Espíritu la reducción de todo a la unidad.

La Iglesia se encuentra en la era del Espíritu que constituye la era de la vuelta del Hijo hacia el Padre. Por eso, es el sacramento de la unidad cósmica (cf. LG, 1/1) el shalom de Dios y el lugar de encuentro de todas las cosas en su fuente, y forma, como el Espíritu, un espacio de libertad. Porque el Espíritu está en la Iglesia, ésta no puede reducir su realidad a la dimensión de sus instituciones y credos sino que se realiza y se instaura allí donde el propio Espíritu actúa, donde el amor se muestra fuerte, la justicia triunfa y la reconciliación con Dios y con los hombres se inaugura. La Iglesia debería tener una conciencia más aguda de su función sacramental, en el sentido de ser señal o instrumento de un mundo confraternizado y viviendo ya en el nuevo cielo y la nueva tierra. En ella el hombre debería sentirse libre y libertado. La voluntad del poder, el legalismo, el dogmatismo, el sectarismo o la neurótica in-

sistencia en el orden, la disciplina, la obediencia y la santidad de sus instituciones la debilitan. No tiene que combatir para autoafirmarse, ya que su fuerza no está en la organización sino en el Espíritu, en su capacidad de reconciliar y soportar los conflictos.

3. **El Pentecostalismo católico: ¿testimonio de la era del Espíritu?**

En ese contexto tiene interés teológico y eclesial el "movimiento carismático católico" o "pentecostal católico" iniciado en 1967 en USA en medios universitarios. Quedándose dentro de la Iglesia Católica, quiere pedir al Señor, a través de fervorosas oraciones y en la fe en la Palabra, que actualice en modo concreto y vivencial, lo que el pueblo cristiano ya recibió; los dones y frutos del Espíritu Santo. Dice que el Espíritu que actúa a través de los sacramentos, la liturgia, el magisterio auténtico y las vías comunes de la institución, sopla también donde quiere y hace surgir movimientos carismáticos extraordinarios de oración, meditación, vida fraterna y de testimonio dentro del mundo.

Que el movimiento venga del Espíritu no se deduce de las manifestaciones extraordinarias y carismáticas en sí. Esos datos son lugares comunes de la experiencia religiosa. También pueden ser el lenguaje del inconsciente. Se deduce más bien de los frutos que él presenta: crecimiento en amor fraternal, comprensión de los defectos de la institución-Iglesia, profundización del espíritu de oración, mayor inserción en la comunidad eclesial y aumento del espíritu misionario. Los pentecostales católicos llaman bautismo del Espíritu Santo, la experiencia de conversión interior seguida por los frutos. No es para ellos un sacramento nuevo, sino como una renovación de la fe, una experiencia de reafirmación de lo que se ha iniciado en el bautismo.

Los signos exteriores, símbolos del bautismo con el Espíritu Santo, como el hablar en lenguaje, profetizar, etc., no deben ser demasiado enfatizados. Son un lenguaje revelador de la profundidad psíquica de la conversión. En el Nuevo Testamento, el don de las lenguas es sólo una consecuencia del derramamiento del Espíritu. Los buenos frutos del movimiento son reconocidos por los Obispos americanos.

4. **Conclusión: No apagéis el Espíritu.**

El Espíritu siempre estuvo en el mundo. Pero el evento de Jesús muerto y resucitado provocó una nueva conciencia de fe. La Iglesia es la historia de esta conciencia del Espíritu. Vivimos sobre la vigencia del Espíritu que se manifiesta en los más variados lenguajes, en las cosas materiales, en los hechos históricos, en la actuación de la Iglesia, en los movimientos que buscan un encuentro con Dios. Grande sabiduría y fe radical es poder ver el Espíritu en todo, jamás apagarlo, sino acogerlo como Don que es Dios, y vivir la era del Espíritu Santo como tiempo fuerte dentro del tiempo-templo del mismo Espíritu.

JESUS ENTRE LOS HOMBRES

La Cristología de la Teología latinoamericana se encuentra en elaboración. Aquí y allá, repartidos en los estudios de antropología o ecle-siología, hallamos apuntes valiosos. Estos apuntes cristológicos son siempre encarnacionistas. No encontramos tratado el tema cristológico con amplitud y originalidad en ninguna parte. La figura que predomina es la del Jesús histórico. Siempre se basa en estudios bíblicos hechos por otros autores sobre el Evangelio. Hay poco interés en un contacto directo, que siempre es fatigoso y sin inmediatos frutos, con la Escritura.

En Mariología es la vida del pueblo creyente y la reflexión pas-toral las que tienen la iniciativa, las que intentan reencontrar el lugar de María, lugar que nunca se ha perdido en el corazón y en la vida del pueblo latinoamericano.